

colección rúbrica



BLANCA DEL CERRO



UN SENDERO DE CLAVELES

esstudio
ediciones

1

Sus pupilas se habían quedado prendidas y agarrotadas en un puntito diminuto de la pared blanca, como si deseara exprimirlo o quisiera recoger fuerzas de algún lugar inexistente únicamente inventado por y para ella. Y era en aquel puntito casi invisible donde se habían licuado sus ojos, pequeños, sí, pero con unas irisaciones azules que parecían encerrar dos lagos serenos cuajados de olas minúsculas.

Las palabras de su doctora y amiga Flor Santillana todavía resonaban en su cabeza formando un monstruoso eco —buum, buuum, buuum—, un tambor de roca, una orquesta de sinsentidos y sinsabores. Las palabras retumbaban y se estiraban, y parecían látigos azotando su corazón.

Flor Santillana, doctora en Medicina Interna, permanecía seria. Y triste. Sus ojos no bailaban tangos a la luz de una luna perezosa como sucedía casi siempre. Se habían quedado estancados en forma de laguna temblona, porque nunca resulta agradable comunicar malas noticias. Y mucho menos a los amigos. Y aquella mujer tan dulce y de apariencia tan frágil, cuyo interior en ese instante se retorció minado por lúgubres pensamientos

—casi podía palparlos—, era su amiga. Llevaba varios años visitándola en su consulta, no con excesiva frecuencia, eso sí, porque ella no pertenecía al grupo de solitarias un poco histéricas siempre a la sombra de algún dolor imaginario, pero sí de cuando en cuando, revisiones, recetas, pequeños dolores, cualquier síntoma anómalo, cuestiones, en realidad, de escasa importancia. Y tras las visitas, nació la amistad. Y ahora... En ocasiones se preguntaba, incluso en esa etapa de su vida impregnada de realidades y soliloquios, cómo a lo largo de los años había podido hacer frente a tanta amargura.

Un tiempo atrás, no recordaban exactamente cuánto, aquella tarde de otoño de cielos encapotados, con el sol pidiendo a gritos y sollozos una oportunidad, Jimena de Dávila Fonseca apareció por la consulta de la doctora. Siempre iba pulcramente vestida, esa tarde con un traje pantalón color marrón, un pañuelo beige al cuello y golondrinas de alegría revoloteando alrededor de la boca. Era la última paciente de la tarde. Flor pensaba en la posibilidad de, una vez finalizado su trabajo, dar un paseo por el parque cuajado de sonidos intensos, detenerse en cualquier restaurante a cenar un sándwich o un plato combinado, pasar por el video club a alquilar una película y finalizar el día tranquilamente en su casa arrullada al son de los murmullos de unas vidas —las de los personajes que desfilaban ante ella— tan distintas a la suya propia. Adoraba el cine,

era su afición favorita, y disfrutaba con las variadas representaciones de los artistas.

Jimena de Dávila entró aquel día sonriente, saludó a Flor, tomó asiento en una de las sillas situadas al lado opuesto de la mesa y entregó a la doctora un sobre que contenía el resultado de unos análisis de sangre y orina. Flor examinó detenidamente el documento.

—Tiene usted un poco alto el colesterol —dijo—, y hay que prestar atención al azúcar. Con el resto, no hay problemas. Está usted hecha una rosa —añadió sonriente—. Le voy a recetar unas pastillas que deberá tomar a diario.

Jimena era una mujer pequeña, vivaracha y alegre, la frente despejada, el pelo rizado en bucles, la voz cantarina, que siempre transportaba en la boca una sonrisa azul de olas bravías. La vida paseaba por sus labios pintados de rosa, ahora un tanto agrietados, como un puñado de amapolas, rozándola suavemente pero sin perturbarla demasiado. Hasta el momento.

—Ya sabrá usted que el colesterol aumenta con la edad. Y hay que tener mucho cuidado —comentó Flor Santillana mientras escribía las recetas.

—Con la edad aumenta casi todo. Especialmente los años —respondió Jimena sin abandonar la sonrisa.

La doctora se guardó una carcajada que disimuló con una ligera mueca. Y fue así como, con absoluta naturalidad, iniciaron una conversación que se prolongó durante un tiempo similar a un suspiro. En el transcurso

de la misma, tras un intercambio de pensamientos, sonrisas e ideas, Flor indicó a Jimena su intención de salir a pasear para despejarse, invitando a su recién estrenada amiga a que la acompañara, y Jimena aceptó.

Aquel día caminaron entre parterres de flores hinchadas de colores y viento, hablaron, pasearon, rieron, compartieron soledades y acabaron la velada con una frugal cena en un bar, descubriendo con sorpresa y alegría que estaban unidas por una serie de puntos en común: ambas eran viudas, ambas tenían tres hijos y ambas estaban solas. No importaba la diferencia de edad que, al fin y al cabo, no era tanta. A Flor le faltaban un par de años para entrar en la cincuentena y Jimena superaba los sesenta. ¿Qué importancia pueden tener tales diferencias cuando los labios sonríen? ¿Acaso las sonrisas tienen edad?

A partir de aquel día de lirios y azucenas y un ejército de otras flores agazapadas, la amistad entre ambas mujeres fue afianzándose pasito a paso, con la lentitud de los actos bien estructurados y la dulzura de los hechos bien dirigidos. Se hablaban con frecuencia, se veían con frecuencia y salían con frecuencia. Se había creado entre ellas un lazo alegre que establecía una suave unión. Y ahora...

—Lo siento, Jimena. Te lo digo sinceramente. No sabes cuánto lo siento.

Lo decía de veras, con el corazón en la mano, entre las yemas de los dedos, con el sentimiento al borde de los labios.

Todo había comenzado con una creciente fatiga y algunos despistes —sobre todo algunos despistes más allá de los considerados supuestamente normales—, algo que en principio achacó a sus inagotables idas y venidas, a sus constantes y continuas actividades, a los que no quiso conceder excesiva importancia. Acudía dos días a la semana al gimnasio, asistía de vez en cuando a exposiciones, conferencias, tertulias y presentaciones de libros, visitaba con cierta frecuencia a sus hijos y a sus nietos, una vez al año como mínimo emprendía un largo viaje a lejanos países, llevaba su casa, compraba, guisaba, limpiaba, lavaba, planchaba y, por si fuera poco, tras haber adquirido un ordenador y aprendido a manejarse por Internet, mantenía amistades a través de algunas redes sociales. No quiero que la tecnología me deje atrás, decía. Debo superarla yo a ella, no ella a mí. Las tiendas de ultramarinos habían pasado a un segundo plano. Las llevaban sus hijos y ella se limitaba a percibir beneficios. Eso era todo.

No muchos meses atrás, Jimena, mujer repleta de fuerza y vigor, burbujeante de actividades, empezó a manifestar extraños síntomas tales como olvidos, repentinas pérdidas de memoria, dificultad para conciliar el sueño y sentimientos depresivos, algo realmente raro y anómalo. Y fue entonces, cuando su amiga la doctora Flor Santillana se percató de una realidad oculta para la mayoría pero evidente para ella. Flor arrugó el entrecejo mientras mordía un grito de furia en sus entrañas. Y después vino

la visita al neurólogo, y las preguntas, y las pruebas, una resonancia magnética, un electroencefalograma, un análisis del líquido céfalo-raquídeo (LCR) y un PET. Flor con ella, siempre juntas, siempre amigas, siempre de la mano, no te voy a dejar sola, yo recogeré los resultados, yo te explicaré lo que sucede, no te preocupes, estaré a tu lado. Jimena, tras tantos años de andanzas en solitario, no estaba acostumbrada a tal tipo de atenciones. Sus hijos tenían sus propias vidas y ella estaba capacitada para moverse por sí sola. Muy capacitada.

—Déjame que te lo explique con palabras sencillas —apuntó la doctora. Su corazón latía veloz, el dolor hacía que se acelerase.

—Ya sé lo que es la enfermedad de Alzheimer. Soy consciente.

—Nadie ha hablado de Alzheimer, Jimena, eso sería muy arriesgado.

—¿Qué más da?

Flor miró a su amiga con tristeza.

—Jimena, lo que tienes es un principio de demencia. Lo que normalmente se denomina una demencia senil, y es muy leve, se encuentra en sus primeras fases.

—¿Y eso no es Alzheimer?

—Verás... lo es y no lo es. Al fin y al cabo, todo se resume en la palabra demencia.

—Explícame, si quieres. Lo que me interesa realmente es el futuro. El resto ya lo sé.

Cómo no iba a saberlo, lo había sufrido, lo había palpado, había convivido con ese terrible mal durante años. La tía Eloísa, tan buena, tan dulce, con su cabello suave y sus ojos negros un poco rasgados, con aquellos labios gruesos que eran la envidia de tantas mujeres, la que había hecho de madre, la que la había acunado en sus brazos cuando quedó sola, la que le dio una perfecta educación, la que rio y lloró a su lado durante muchos años, la que había vivido por ella y con ella, la tía Eloísa, recuerdos desflecados, las ausencias, los olvidos, los neurólogos, la memoria que se aleja y se aleja y ya no vuelve, como si se perdiese en un laberinto inescrutable, las cuidadoras, las enfermeras, las visitas al centro, lo recordaba como si hubiera sido ayer, palpaba ese terrible pasado, remembranzas como hojas al viento. Pero no importaba, no le importaba escuchar a Flor, incluso prefería hacerlo porque había la posibilidad de que, durante aquel tiempo transcurrido, se hubieran realizado múltiples adelantos.

—No creo que lo sepas, al menos en profundidad. Sabes lo que sabe, o imagina, todo el mundo, pero ahora me gustaría explicártelo bien y que comprendieses su significado real.

Lo sé, pensaba Jimena, lo sé, y hasta qué punto, pero no me importa escucharlo. Tú no sabes que lo sé, querida amiga, pero lo sé mejor de lo que imaginas. Tú no sabes nada de mi vida.

—Te voy a hablar muy claro y sin tapujos —Flor respiró para tomar fuerzas—. La demencia senil se

define como un síndrome mental caracterizado por un deterioro de la memoria a corto y largo plazo, asociado a trastornos del pensamiento abstracto, juicio, funciones corticales superiores y modificaciones de la personalidad —le temblaban las palabras mientras observaba atentamente a su interlocutora—. Dichas alteraciones pueden llegar a ser lo suficientemente graves como para interferir significativamente en las actividades de una persona —sentía un terrorífico nudo en la garganta, un puño, un terrible garfio de sinsabores—. El deterioro general puede ser leve, moderado o grave. A lo largo de la evolución de la enfermedad aparecen una serie de complicaciones: auto y heteroagresividad, delirio, traumatismos, infecciones diversas, desorientación temporoespacial, etc. Y de todas las demencias seniles, la que destaca es la de tipo Alzheimer como la más común.

Flor no apartaba la vista de su amiga. Quería impedir que en ese instante los pensamientos y las palabras la devoraran para siempre.

—El mal de Alzheimer —continuó Flor— es una alteración neurodegenerativa primaria, que suele aparecer a partir de los 65 años, aunque también puede presentarse en personas más jóvenes. Lo que sucede cuando alguien padece dicha enfermedad es que experimenta cambios microscópicos en el tejido de ciertas partes de su cerebro y una pérdida, progresiva pero constante, de una sustancia química, vital para el funcionamiento cerebral, llamada acetilcolina. Esta sustancia permite la

comunicación entre las células nerviosas y está implicada en actividades mentales vinculadas al aprendizaje, el pensamiento y la memoria —Flor se mordió los labios y continuó—. Es difícil determinar quién va a desarrollar la demencia senil, o el mal de Alzheimer, puesto que se trata de una alteración compleja, de causa desconocida, en la que, al parecer, intervienen múltiples factores como la edad, el sexo —ya que afecta más a mujeres que a hombres—, la herencia familiar, el factor genético y factores medioambientales, como puede ser el tabaco —la doctora suspiró profundamente expulsando mucho dolor y mucha pena—. Verás, Jimena, lo que sucede es que, en un principio, surgen pequeñas e imperceptibles pérdidas de memoria, pero con el paso del tiempo, esta deficiencia se hace cada vez más notoria e incapacitante para el afectado, que tendrá problemas para realizar tareas cotidianas y simples, y también, otras más intelectuales, tales como hablar, comprender, leer, o escribir.

¿Hasta ahí puede llegar mi incapacidad? Fue un pensamiento que cruzó como una ráfaga furiosa por el cerebro de Jimena. ¿Hasta ese punto? Por supuesto que sí, aunque en el caso de la tía Eloísa no había llegado a tanto porque la muerte la había sorprendido por las esquinas y no le había permitido continuar. La tía Eloísa se difuminaba, se perdía, divagaba, estaba sin estar, en ocasiones despertaba y sabía quién era, y reconocía a su sobrina y la saludaba como si nada hubiera sucedido,